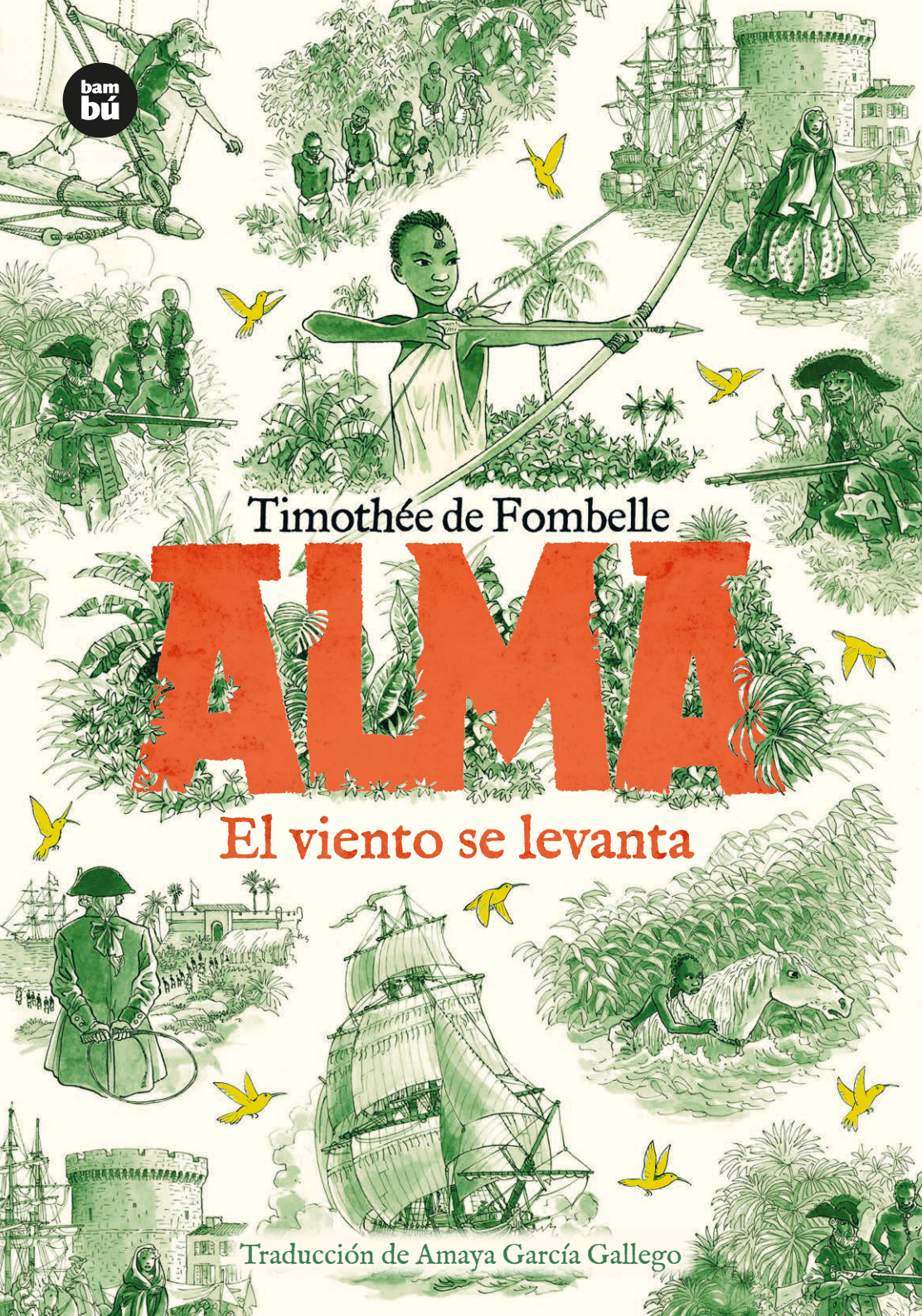




bam
bú

Timothée de Fombelle

ALMA

El viento se levanta

Traducción de Amaya García Gallego

Editorial Bambú es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Alma. Le vent se lève*

© Gallimard Jeunesse, 2020
© 2020, Timothée de Fombelle, por el texto
© 2020, François Place, por las ilustraciones
© 2025, Amaya García Gallego, por la traducción
© 2025, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-1086-015-5

Depósito legal: B-14125-2025

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización de sus
titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

I

Y algunos leones son reyes

Es una cebra sin rayas, de pie entre las hierbas amarillas,
con dos niños tumbados a su sombra.

–Fíjate qué grande es.

La chica se llama Alma. Se dirige a su hermano pequeño,
que está tendido a su lado.

–¡Fíjate!

Están bocarriba, pegados el uno al otro en esa pradera
infinita. Cuando el sol se mueve un poco, el animal da un
paso para que los niños sigan a la sombra. Juntos, se ríen
mientras lo contemplan. Si Alma supiera lo mucho que
recordará, más tarde, el frescor de su hermano pequeño
junto a ella, el chapoteo de su risa...

–¿Lo ves? Te lo dije. Y no te lo creías –dice Alma.

El niño no contesta. Todas las cebras del valle tienen
rayas, son pequeñas y asustadizas. Esta es muy grande, más
alta que la mano cuando la levantas por encima de la cabeza
estando de puntillas. Lleva una correa de cuero atada alrede-
dor del cuello. No tiene rayas y se queda ahí, mansamente,
velando por ellos. Nada la asusta.

—¿Dónde la has encontrado? —pregunta Lam.

—No me la he encontrado, ha sido ella quien nos ha encontrado a nosotros.

Su hermano calla, con los ojos brillantes.

—¿En qué piensas?

Silencio. Lam está reflexionando.

—Estoy tratando de recordar un día mejor que este —dice.

Alma sonríe. Hace unos instantes, le enseñó cómo trepar a lomos del animal. Ella se sujetaba a la correa de cuero. Su hermano se le subió detrás, con el gorro azul del que nunca se separaba. Fueron a galope tendido hacia los árboles entre las gacelas que salían volando como mariposas. Luego se bajaron escurriéndose hasta la hierba, aturdidos de felicidad.

—Se llama Niebla —susurra Alma.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es totalmente blanca.

—¿Podemos elegir cómo se llaman las cosas nuevas?

Ella contesta ufana:

—Sí. Podemos hacer lo que queramos.

Pero Alma sabe que, antes de Niebla y su blancura, su hermano pequeño fue la última cosa nueva que apareció en el valle. Ninguna otra cosa en el horizonte desde que Lam naciera cuando ella tenía tres años.

Los acantilados cierran el valle por completo. Es hermoso y cálido como un paraíso. Parece una mano inmensa llena de praderas, de árboles y de animales salvajes. Una mano abierta que les da todo cuanto se necesita para vivir: alimento, noches estrelladas y monitos en las ramas con los que entretenerse. Les da las lluvias torrenciales en las que se sumergen corriendo desnudos, las siestas entre sus

padres, las hierbas altas que se inclinan cuando pasan los leones o el viento.

Pero para ellos no existe nada fuera de ese mundo protegido y cerrado. Una familia, sola, en un valle hasta donde alcanza la vista. No hay nada que proceda de otro lugar para darle un nombre nuevo. ¡O bien habría que darle nombre a cada nube que pasara!

Y, de repente, aparece Niebla. Ahí está, por encima de ellos, como una visión. Alma la vio llegar hace exactamente un año. Se pasó días recorriendo el valle sola con el arco al hombro para encontrarla, para asegurarse de que no había sido un sueño.

Poco a poco fue aprendiendo a acercársele y, durante meses, no se lo contó a nadie. Se lo guardó para ella sola.

—¡Niebla! —llama Alma.

Niebla baja hacia ella la frente y los ojos mansos.

—¿Te responde? —pregunta Lam.

Siguen tumbados. Alma se gira de costado, provocando que desde la hierba se eleven nubes de pajaritos diminutos. Está de espaldas a su hermano.

—¿De dónde viene? —pregunta Lam—. ¿De allá?

Silencio.

—Dímelo, Aam.

Llama a su hermana Aam. Dice Aam con voz lánguida, como cuando cierras los ojos para comer lo más rico que existe.

—Que si viene de allá. Aam, cuéntamelo.

El niño se ha dado la vuelta a su vez justo detrás de ella. Insiste:

—Aaaam... ¿De dónde viene?

Incluso en el paraíso, no queda más remedio que contar cuentos e inventar otros mundos para los niños.

Así que Alma se ha inventado el mundo de allá para su hermano. Le habla de él todas las noches. Lo ha llenado de flores negras, de niñas que huelen a azúcar tostado, de praderas que sueltan chispas en la oscuridad, de casas con alas tan altas como los acantilados. Dice «allá» en el idioma de su madre, el idioma de los cuentos y de las canciones.

Pero ha sucedido algo que no había previsto y que la tiene un poco asustada. Su hermano se ha construido una cabaña en el mundo que ella se inventa para él. Poco a poco, Lam se ha ido acomodando ahí, en ese paisaje imaginario. Desde hace meses, solo piensa en él, de día y de noche.

Ya no quiere volver de allá.

Lam oye a su hermana murmurar. Se nota que está sonriendo mientras canturrea. Le gusta ser la reina de ese país que ha creado para él. Le gusta narrar esas historias bonitas y peligrosas que le brotan de los labios sin saber cómo.

Pasa el tiempo. El cielo va bajando y oscureciéndose. Por encima de ellos, Niebla no se mueve. Un pajarito con el pico de plata se le ha posado al lado del ojo y no quiere molestarlo. Ni siquiera parpadea.

Alma sigue canturreando, con la boca cerrada, reservando para sí los misterios.

—Para —le suplica Lam—... Para, por favor...

Alma se calla de golpe. Algo tiritita a su espalda. Suena como cuando los árboles gotean después de la lluvia.

Es su hermano, que está llorando.

—Lam...

Alma se vuelve y apoya la frente debajo de la de Lam. Se les junta la nariz una encima de la otra. Ambos rostros encajan perfectamente. Ya no se sabe de quién son las lágrimas.

Por eso Alma piensa que no se van a separar nunca. Tiene otro hermano, mayor que ella, Sum, al que quiere con todo el corazón; pero Lam, el pequeño, es su otra mitad.

Y que, por cierto, ha dejado de llorar en cuanto su piel ha tocado la suya.

—¿Viene de allá? —vuelve a preguntar Lam.

Y añade:

—¿Me llevarás algún día, Aam?

Deja que transcurra un largo silencio.

—¿Y nosotros? ¿De dónde venimos?

Alma no contesta. Lo único que sabe es que nació aquí hace trece años. Creció en libertad con sus padres y Sum, en ese territorio inmenso en el que Lam apareció a su vez.

Lo único que les limita la libertad es la ley que su padre repite clavando los ojos en los suyos: nada ni nadie debe entrar en el valle. Y nada debe salir de él.

Cuando lo dice, su mirada es una flecha negra que Alma no reconoce. Da miedo. Por eso no había dicho nada de Niebla antes del día de hoy. Porque la vio llegar un día que llovía mucho y seguramente venía de otro lugar, con sus medias lunas de metal en los pies y su correa de cuero.

Alma y Lam se quedan los dos muy quietos, escuchando el zumbido de las avispas a las que Niebla fustiga con la cola.

Hasta que el niño se separa de su hermana. Se tumba de lado.

—¿Estás bien? —le pregunta Alma.



Pero Lam, en realidad, ya no está allí. Aprieta en la mano el gorro azul. Tumbado bocarriba, observa atentamente la cebra sin rayas, blanca como la bruma matinal.

No. No es una cebra. Es más fina, más grande, tiene las crines muy largas. Tal vez ayer aún estuviera allá, jugando en la hierba que suelta chispas. Lam mira los ojos húmedos de Niebla. Le gustaría zambullirse en ellos para pasar al otro lado, salir del valle y ver por fin lo que hay allí.

Entonces empieza a llover. Las gotas chisporrotean al tocar la hierba y la tierra calientes. Es como si cayeran en las brasas. Son las primeras de la estación lluviosa. Durante una o dos lunas, caerá casi toda el agua del año. Tendidos tripa arriba, Alma y Lam abren la boca tratando de notar en la lengua antes que el otro esa lluvia de la suerte.

Pero no tardan en incorporarse porque el chaparrón arrecia. Recogen los largos arcos que habían dejado en la hierba. Una funda para las flechas está sujeta a la madera curvada.

A lo lejos, los antílopes corren hacia la línea de los árboles. Niebla se estremece como si despertase de un sueño.

—¡Quédate aquí, Niebla! Espéranos hasta mañana.

Cada uno le apoya la mejilla en el cuello para despedirse. El animal aún tiembla de placer, o de frío.

Meses antes, durante otro día lluvioso, Niebla se escapó de un mundo donde esos momentos no existían, donde la libertad ni siquiera era ya un recuerdo, donde le hincaban los talones en los flancos para que galopara detrás de los fugitivos que olían a miedo. Aquí descubre el olor de la tierra, la paz y los gritos de alegría de los dos niños que se alejan bajo el aguacero.

Pero, en lo más hondo, el animal sabe que pronto tendrá que marcharse de vuelta.

—No cuentes nada sobre Niebla. ¿De acuerdo, Lam? A nadie.

Lam va corriendo al lado de Alma, cegado por las gotas de agua. La cuerda de los arcos les cruza la espalda.

—¿Lo prometes?

Él no contesta. Sonríe. Sabe lo que hay que hacer. Tiene un plan. Además, tiene diez años. Diez estaciones lluviosas exactamente. A esa edad, los animales hace tiempo que cazan solos y algunos leones son reyes.

Hacia el resto del mundo

Juntos están tan a gusto que podrían quedarse así toda la vida.

Lleva lloviendo cuarenta días y cuarenta noches.

La familia está en torno al fuego que invade la casa y la ilumina. Fuera está oscuro. Se cubren los hombros con pieles que también alfombran el suelo. Por encima de sus cabezas, el techo es un amontonamiento de hierbas cortadas sobre las que se deslizan las oleadas de lluvia. Las paredes están hechas con ramas y paja, pegadas con tierra dorada.

Lam está apoyado contra su padre. Se ha dormido. Alma está enfrente, junto a su hermano mayor acucillado. Sum sonríe mientras inclina la cabeza. Remueve las llamas con un palo al lado de su madre, cuyos ojos reflejan cada chispa de la hoguera.

En el valle, algunos arroyos se han transformado en torrentes, pero la casa está en la parte más alta de la pradera, ceñida por las ramas gigantes de un sicomoro. Entre los brazos del árbol, se sienten a salvo de todo. Como los supervivientes del diluvio.

Lo que le gusta a Alma es que están juntos y sin hacer nada. Por eso la estación lluviosa siempre es una fiesta. Fuera, el agua trabaja para ellos, llena los aljibes, transforma el valle, remueve la tierra y hace que rompan los capullos de los árboles, mientras ellos solo tienen que quedarse escuchando cómo canta el fuego en las corrientes de aire. Solo tienen que sentirse vivos, calentándose la planta blanca de los pies.

A veces, juntos, les da por reírse bajito, sin motivo alguno, sencillamente porque resulta tan grato y tan delicioso que no puede por menos que rebosar.

Alma piensa en Niebla. Se la imagina de pie debajo de su acacia. Lam y ella han ido a verla todos los días bajo la lluvia.

Lam ha aprendido a quedarse solo a lomos de Niebla aferrándose a la correa de cuero. El niño es tan ligero que el animal se olvida de él mientras corre. Alma los mira cruzar juntos las balsas de agua, asustar a los pequeños y estúpidos facóqueros que se les meten debajo. Lam va casi echado sobre el lomo de Niebla cuando cruzan raudos el sotobosque. Surcan el follaje a la velocidad del viento. Hasta que desaparecen del todo.

Alma acoge a Lam entre sus brazos al cabo de varias horas. Lo estrecha contra su cuerpo. Ambos aplastan los claveles blancos que hay en la hierba.

El niño tiene el cuerpo cansado, los ojos ardientes y la piel lustrosa por la lluvia.

—Párate de vez en cuando —le dice ella.

—¿Por qué?

La mira sonriente. Ella trata de poner una cara muy seria.

—Estás loco.

Lam se hace el muerto entre sus brazos. Y, más allá, el animal sigue haciéndose el inocente cuando en realidad él tampoco se tiene ya en pie.

Alma mira a su hermano pequeño dormido junto al fuego, pegado a su padre. Ella es la única de la casa que sabe por qué está muerto de cansancio.

Pero, de repente, se acuerda de las dos leonas que rondan por la zona donde está Niebla y que cazan para toda la manada. También están los chacales pequeñitos, cerca del manantial. Atacan a los animales vivos cuando el agua cubre los despojos abandonados en la hierba.

Alma tiene miedo por Niebla, que aún ignora todos los peligros que alberga ese valle de cegadora belleza. Irá a buscarla mañana. La traerá cerca de casa. Se lo contará por fin a su padre. Él se dará cuenta del ansia por aventurarse fuera, detrás de los acantilados, que provoca ese visitante procedente de otro lugar.

Pero no hablará de su auténtico y gran secreto.

No dirá que sabe por dónde ha entrado Niebla.

Alma descubrió a Niebla hace exactamente un año. Fue durante las abundantes lluvias de antes del verano.

Alma estaba trepando por el peñascal, sin aliento.

Allí arriba, encima de los acantilados, caían unas cascadas blancas casi silenciosas. La perseguía una manada de búfalos desorientados por las inundaciones. Había perdido el arco en la huida.

No le gustaban los búfalos más que de lejos, desperdigados por el oro de la pradera. De cerca le parecían feos, jorobados y peligrosos. Una vez, uno de ellos había estado a punto de matar a su hermano mayor. Y otros arremetían

a veces contra su casa. Para despistar a aquellas bestias bajo la lluvia, Alma escaló por un collado pequeño que lleva al barranco de las Espinas.

Ese barranco es la única abertura que hay en el acantilado que rodea el valle. Pero tiene el fondo cubierto por una erizada vegetación. Los árboles con púas se enredan con lianas y zarzales muy prietos. Algunas aves imprudentes, empaladas en esos pinchos, amenazan de muerte a quienes pudieran arriesgarse. El barranco es un corredor angosto entre dos paredes. Resulta infranqueable, forrado de espinas hasta una altura de treinta metros. Por eso Alma y sus hermanos no van por allí. Les da miedo caerse y acabar como esqueletos se decoloran para siempre en lo más hondo.

Pero ese día, al llegar al borde del barranco, Alma se topó con un paisaje que no había visto nunca. Exhausta y empapada, lo primero que hizo fue desandar el camino para comprobar que los búfalos no la estaban esperando abajo. Luego, al volverse de cara al barranco, descubrió una amplia extensión de agua en lugar de las espinas.

Un lago efímero anegaba la trampa de la vegetación.

No podía creérselo.

Por culpa de la lluvia, por culpa de ese diluvio, el precipicio se había convertido en un lago que desaparecía a lo lejos entre las escarpadas paredes. Y allí, exactamente a sus pies, estaba Niebla.

Alma divisaba su extraña silueta en medio de los remolinos. Nadaba y chocaba contra la pared tratando de salir del agua. Aunque aún no le había puesto nombre, las crines blancas ya estaban rodeadas de vapor. Alma tan solo oía su ronco resuello. El nivel del agua estaba empezando a bajar. Niebla se iba a quedar atrapada en las espinas.

Alma enseguida comprendió que venía de muy lejos. La había traído la magia de la lluvia. Las escorrentías y las cascadas habían llenado el barranco para dejarla pasar, casi volando, por encima del infierno de espinas. Venía de allá, de muy allá.

Ahora arañaba la roca con los cascos, sin moverse del sitio. El lamento se volvía más grave y más tenue. La respiración de Alma se había acompasado con la del animal.

Fue entonces cuando vio, no lejos de allí, un desprendimiento de piedras negras. En aquel punto la pared se había hundido. Formaba una playa muy empinada, la única vía para que Niebla, tal vez, pudiera salvarse.

De haber sabido nadar, Alma se habría arrojado al agua para escoltarla. Pero prefirió optar por otro método y empezó a bombardearla con todo lo que tenía alrededor: trozos de madera o de piedra, raíces arrancadas de la tierra... Aquellas ráfagas obligaban a Niebla a dirigirse hacia la playa negra. Y eso era lo que quería Alma.

Daba botes y, para ahuyentarla, gritaba las peores palabras en todos los idiomas que le habían enseñado su padre y su madre.

No había forma de saber qué resultaba más eficaz: las piedras, los gritos de Alma o su gesticulación. Lo importante era que, poco a poco, Niebla iba encaminándose en la dirección correcta. Y, por primera vez, al llegar a la altura de las rocas, logró alzar parte del cuerpo por encima del agua. Maravillada, Alma vio por primera vez las crines, luego la correa de cuero y, por último, lo alta y lo blanca que era, sin una sola raya.

Pero notó cómo vacilaba, a punto de volver a caer hacia atrás. Recogió una última piedra y la lanzó con todas sus



fuerzas para que le cayera detrás, en el agua. Esta vez Niebla salió del todo y subió por el talud del desprendimiento.

Se paró al llegar a la altura de Alma. La miró mientras resoplaba, preguntándose qué debía pensar de aquella endemoniada que le había salvado la vida. A continuación bajó hacia el valle, ahuyentó a los búfalos con unas cuantas coces y desapareció.

Aquel primer encuentro podría explicar por qué Alma tardó tanto tiempo en poder acercársele de nuevo.

Al cabo de tres días, cuando la niña regresó al mismo lugar, el agua del barranco ya se había vaciado y la barrera de espinas volvía a estar al descubierto. No quedaba ni rastro del lago fantasma.

Alma bajó entre las rocas negras de la playa. Nunca antes se había aventurado por esa zona. Estaban al borde del precipicio. Le rodaban piedras bajo los pies. Iba llamando a Niebla bajito, con la esperanza de que hubiera vuelto a esconderse por allí.

Se fijó en que, entre las rocas, había una cueva baja y profunda, no más ancha que un sepulcro. Se metió dentro. Tardó unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad.

Allí guardada había una canoa pequeñita con sus dos remos. Era muy fina y estaba tallada en un tronco de ceiba cuya corteza aún se veía a trozos. La canoa estaba cubierta de musgo. Seguramente llevaba varios años esperando en aquel agujero.

Agua y una embarcación... Alma ahora sabía que, durante unas horas al año, justo después de las lluvias más copiosas, existía una forma de pasar hacia el resto del mundo.

El corazón por la hierba

Sentada dentro de casa, al resguardo de la lluvia, con una gruesa piel sobre los hombros, Alma recuerda el cambio que sufrió su vida un año antes. De pronto, se había abierto una ventana a lo desconocido. Primero Niebla y luego la canoa. Dos amplias ventanas abiertas en su aislamiento.

Ahora se dedica a espiar a sus padres a sendos lados de la hoguera.

La familia sigue en silencio. El padre, con la mano puesta en la frente de Lam, el pequeño. Su mujer, Nao, lo mira a través de las llamas. Cuando se cruzan la mirada, lo primero que aparece es la misma alegría sosegada, esa alegría que ha anidado en su casa.

Alma se imagina lo que están diciendo:

«Qué a gusto estamos –dice la madre–. Míralos.» «¿Te parece?».

Y el padre siempre sonríe en el momento adecuado. «Sí. Fíjate. Qué guapos son».

Nao consigue responder eso sin pronunciar palabra. Son sus ojos los que hablan. Ni si quiera se trata de que está

orgullosa; sencillamente es que no acaba de creérselo. Y las pupilas de Nao brillan tanto que Alma ve cómo frunce un poco la nariz para contener las lágrimas.

Desde siempre, el rostro y el corazón de su madre son para Alma como las noches de verano: no basta con una vida para contar tantas estrellas. Así que, cuando las contemplas, a pesar del cansancio, vas retrasando el momento de cerrar los ojos. No puedes dormir. No quieres perderte nada de tanta belleza.

Pero, de pronto, todo se detiene. Sus padres se miran a los ojos fijamente y Alma ve cómo vuelve a subir una sombra que conoce bien. La sombra que pasa entre ellos cuando creen que nadie los está viendo, la sombra de un tremendo misterio.

«Todavía no. No digas nada».

«¿Tú crees?».

«Más tarde. Deja que lo disfrutemos un poco más».

Alma vuelve los ojos hacia sus hermanos. ¿Será ella la única que intuye ese misterio? Lo sabe desde hace tiempo: hay algo que se mantiene en equilibrio por encima de la felicidad de sus padres. A veces, el pasado vuelve a rondarlos. Alma nota entonces que están a punto de contarlo todo.

Contempla uno a uno los rostros que hay en torno al fuego y se detiene en los ojos cerrados de Lam, en los párpados tan finos como la seda. Cuando está dormido, Lam vuelve a tener la cara de la infancia. Ya no juega a ser lo que no es. A Alma le gustaría que las noches no se acabaran nunca para que siga siendo pequeñito más tiempo.

Es la última que se duerme. El resplandor de las brasas se apaga lentamente. Pero, en el momento en el que la vence el sueño, no ve que en los labios de su hermano

pequeño se ha dibujado una palabra. Una pompa que estalla en silencio.

«Allá».

Los ojos de Lam se abren de golpe, como si llevara esperando ese instante desde hace mucho tiempo. Mira a su alrededor. Se suelta de los brazos de su padre y se levanta sin hacer ruido.

Al día siguiente, la lluvia ha cesado.

Alma cree que es la primera en levantarse. Piensa que es un día normal y corriente. Sale de la casa en la penumbra del fuego apagado. Se estira. Fuera, la pradera brilla un poco. Alma coge el arco y baja por un camino de hierbas aplastadas.

Unas gacelas brincadoras rebotan en la oscuridad. A Alma le gusta mucho la belleza del día flamante en el que todo vuelve a empezar, en el que el mundo se parece al animal mojado que acaba de nacer. Más abajo, el agua de la lluvia ha dejado espejos de color rosa y azul.

Ahora la luz crece a su alrededor. A Alma le llega el agua hasta los muslos cuando cruza los arroyos, rodeada de pájaros verdes casi invisibles. Al alcanzar la orilla, los pies descalzos se colorean con el rojo de la tierra.

Se detiene en lo alto de una colina debajo de la acacia de Niebla. La copa forma una meseta muy alta por encima de su cabeza.

Con la lengua entre los dientes, emite un silbido agudo. Tan agudo y tan regular que casi no se oye y que se mezcla con el sonido del viento en la hierba. Es el silbido con el que llama a Niebla. Se para. Mira la infinitud del paisaje que la rodea. El cielo está de color violeta. Muy lejos, hacia poniente, los búfalos y los elefantes aprovechan que ha escampado

para retornar a tierras más altas. La tormenta nunca anda muy lejos, pero los animales se dispersan por la llanura.

Otro silbido. Alma respira despacito. Las cigarras se despiertan. Niebla no acude. ¿Dónde se habrá metido? Se acuerda de lo que la preocupaba anoche. Normalmente, cuando no la está esperando debajo del árbol, acude al primer silbido.

Se han acercado unos antílopes. Alma ha reconocido las tres líneas negras verticales que tienen justo debajo de la cola. Son unos impalas que vuelven hacia ella sus labios blancos y sus ojazos, como si supieran algo.

Alma se apoya en el árbol.

–Niebla...

Susurra:

–¿Dónde estará esta cebra tan rara?

Entonces, mira hacia abajo. A sus pies, en la hierba, hay una punta de metal negro. Alma se agacha para recogerla. Es la lanza que su padre usa para cazar. Los antílopes salen huyendo cuando Alma la empuña.

Reconoce el motivo dibujado con fuego en la madera. Una línea negra que se enrolla alrededor de la lanza como una serpiente. Su padre ha pasado la noche aquí. ¿Qué ha hecho con Niebla?

Alma corre colina abajo. Salta por encima de los riachuelos, vuelve a subir a través de los arbustos aún relucientes. Cuando desemboca otra vez en la pradera, solo los hombros y la cabeza le sobresalen entre las hierbas, con el arco largo y la punta de la lanza por encima. Arriba del todo, delante de ella, ahora ve la mole verde del sicomoro. La casa ya no queda muy lejos. Alma está deseando que Niebla aparezca en la luz de la mañana.

—¿Alma?

Alguien aparece a su espalda.

Se da la vuelta y se encuentra con su padre. Ya ha agarrado la lanza que ella llevaba en la mano. Se la enseña a su hija y habla muy bajito:

—¿Dónde está tu hermano?

—¿Quién?

—¿Dónde está Lam? Pensaba que la había cogido él.

En un instante, Alma intuye que nada ha sucedido como ella creía.

—¿No está contigo? —prosigue su padre.

—No.

Lo mira en silencio y lo entiende todo. No ha sido él quien ha dejado la lanza abandonada en la colina, junto al árbol. Ha sido Lam. Sí. Se ha despertado antes que ella. Ha ido a ver a Niebla.

—Qué susto te he dado, Alma —dice su padre sonriendo.

Ha cambiado de idioma para reconfortarla. Habla en fante, la lengua que hablaba cuando era niño.

Intenta agarrarla de la mano.

—¿Estás bien?

—Sí.

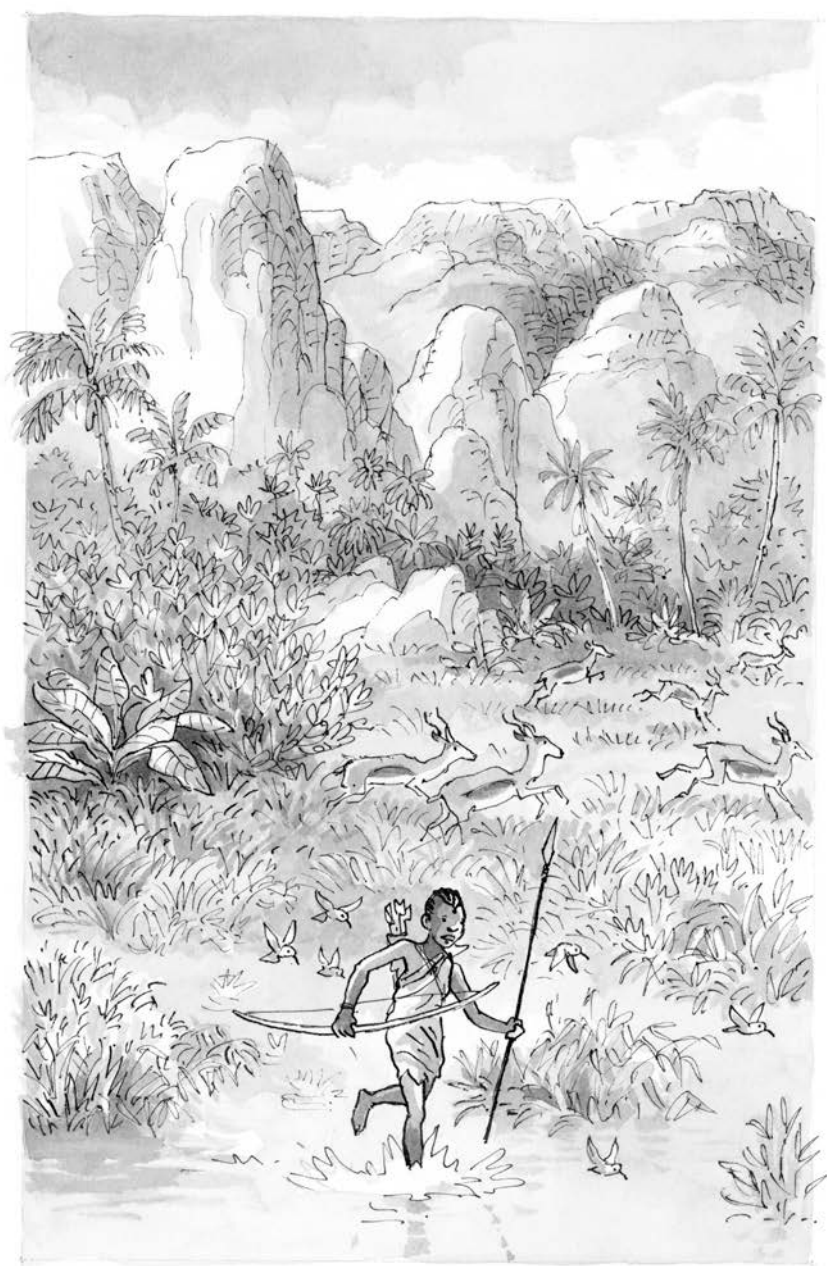
Ella ha dado media vuelta, ya se está alejando.

—¿Dónde está Lam? —pregunta su padre.

—No estoy aquí para vigilarlo.

Alma sigue subiendo sola hacia la casa. A lo lejos, ve a su hermano Sum y a su madre trabajando en el barro del campo de ñames. Ambos parecen estatuillas de barro cocido en medio de tanto verde.

La casa está vacía. Alma levanta las mantas que están dobladas al fondo, contra la pared.



–Lam... –llama.

Algunas mañanas el niño vuelve a dormirse en ese nido de pieles. Pero esta vez no hay nadie. Solo queda el aroma a humo de la noche anterior. Al salir, Alma ve unas nubes negras enrollándose por encima de su cabeza. Puede que esté lloviendo otra vez en los acantilados.

Va detrás de la casa. Se cuelga entre las ramas rampantes del sicomoro. Allí, al pie del tronco, es donde su hermano pequeño oculta su tesoro: una caja de madera a la que le saca brillo con grasa negra. Alma es la única que sabe lo que contiene: dos piedras verdes, una pulsera de cuerno, una calavera de murciélago apenas tan grande como un pulgar, semillas en una bolsita de cuero y otras maravillas.

Se arrodilla, tranquilizada. Ahí está la caja, entre las raíces. Alma sonríe. Conoce a Lam. No ha podido irse sin llevársela. Toma la caja entre las manos.

La abre y, de pronto, la suelta como si quemara.

Alma se incorpora temblorosa.

La caja está vacía.

Lam se ha marchado. Ha dejado el valle. Se ha llevado el tesoro.

Y todo ha sido por su culpa. Por las historias que ha inventado para él.

En la mente de Alma todo está claro. Todo encaja, atado, firme y compacto, como siempre es la verdad.

Lam se ha marchado con Niebla, la única que conoce el camino para ir «allá».

Le baja por dentro un miedo frío, desde la garganta hasta el vientre y las piernas. El miedo se le va colando despacio debajo de la piel.

De pie entre las ramas del árbol, Alma nota que se va a caer. En el momento en que toca la tierra, le parece ver que el corazón le sale rodando por la hierba.

Fortaleza salvaje

Su madre la ha levantado de entre las raíces del sicomoro.

–Cariño... Alma... Lilim...

La llama «Lilim».

Nao llama a todos sus hijos «Lilim» cuando está a solas con cada uno de ellos. Es la palabra más dulce que conoce.

Ha llegado su hijo mayor, Sum. La ha ayudado a meter a Alma en casa. Se ha quedado un rato sonriendo al lado de su hermana dormida. Sum no ha pronunciado una sola palabra en toda su vida. Pero su repertorio de sonrisas es infinito.

Alma lleva horas durmiendo debajo del tejado de hierba seca. Sum ha salido corriendo a reunirse con su padre. Aunque ya es pleno día, tiene tres lámparas alrededor y el olor del aceite quemándose en las mechas.

–¿Dónde está Lam? –murmura Alma al abrir los ojos.

Nao se inclina hacia su hija.

–Tu padre y tu hermano han ido a buscarlo. Estará recorriendo la pradera. Lo traerán a casa.

–Lam...

–No tienes de qué preocuparte –dice Nao con voz seria–. Es como los dos monitos del árbol de la casa. Siempre nos creemos que han desaparecido hasta que llega el momento de poner el pan al fuego.

Nao sonríe mientras lo dice. Retoma la tarea de amasar la harina y el agua en el cuenco de madera, pero tiene ese nubarrón suyo en la frente. La sombra que Alma reconoce algunas veces. Además, habla mucho, sin parar, que es algo que no hace nunca.

–¡Espera a que huela las tortas cociéndose debajo de la ceniza y ya verás cómo cae de las ramas o sale de algún agujero!

–¿Está lloviendo? –pregunta Alma de golpe.

–No. Creo que ya ha parado hasta dentro de mucho tiempo. La tierra está llena. Ya no queda sitio para la lluvia.

Alma menea la cabeza. Mira con nerviosismo.

–Voy a levantarme.

–Descansa, Lilim. Espera aquí un rato.

Alma se incorpora dolorida.

–Ya pasó. He pasado frío y calor, pero se acabó. Mira. Estoy bien. Voy a ayudarlos a encontrar a Lam.

Nao observa a su hija, que ya se ha puesto en pie. Alma brinca pasando de un pie al otro para demostrar que el cuerpo se le sujeta solo. Pero se ve cómo le tiemblan los labios y la gotas de sudor frío le cubren la frente.

–Mira. Ya pasó. Estoy bien.

Nao no intenta detenerla. Sabe lo obstinada que es su hija.

Para los okos, la palabra *alma* significa ‘libre’. Pero ese tipo de libertad no existe en ningún otro idioma. Es una palabra anómala, una libertad inexpugnable, una libertad

que colma a la persona para siempre. El padre de Alma cuenta que en su tierra ese nombre podría traducirse como «marcada con el hierro candente de la libertad». Alma no entiende eso de la marca y el hierro. En el idioma de su madre, la lengua de los okos, no existe el «hierro». Solo hay palabras para lo que es importante: para nombrar el color de cada hora de la noche o el cloqueo que haces cuando una hierba te toca la oreja mientras duermes.

«Y puede que Alma y su libertad estén en lo cierto –piensa Nao, mirándola–. Sí, le vendrá mejor ir a sembrar esa fiebre por las colinas que quedarse esperando aquí».

La sigue con la mirada por la casa.

Alma coge el arco y las flechas que le han apartado a un lado. Se dirige en un primer momento hacia la puerta, pero titubea un instante y da media vuelta. Hunde la cabeza en el cuello de su madre, en el hueco que se forma encima del hombro. Se quedan abrazadas. Es lo mismo que hacen siempre, pero esta vez Alma dice con voz ahogada:

–Mamá.

–No tardes, Lilim.

Nao nota contra la piel los ojos hirviendo de su hija.

–¡No tardes o, si no, Lam se lo comerá todo!

Alma se queda un poco más en ese pliegue en el que le gusta acurrucarse desde pequeña.

–Mamá.

Se quedan así mucho rato, sin agarrarse de la mano, porque una está sujetando el arco y la otra tiene los dedos llenos de harina de mijo. Hasta que se separan. Más tarde, aunque cada una rememoraré ese momento muchas veces, ninguna podrá decir cuánto duró: un segundo o una vida.

Alma está encima del barranco que ha invadido el agua. El nivel ya ha bajado varios metros. En las paredes gotean las hojas que aún se mantienen agarradas y, por debajo de la superficie, se transparentan las ramas más altas del bosque de Espinas.

El agua baja a ojos vistas. Alma ha ido hasta allí corriendo sin detenerse. Respira deprisa, sin hacer ruido. Bordea el barranco examinando el suelo a sus pies. Se detiene.

Ahí están. Los pasos de Niebla en el barro. No cabe duda de que ha estado allí cuando dejó de llover. ¿Cómo saber si Lam iba con ella? Borra las huellas de Niebla andando por encima.

Ahora, en el barro solo quedan los pasos de Alma.

Camina por los guijarros que bajan hacia el agua. A partir de ahí, el suelo está demasiado duro para rastrear ninguna huella. No hay nada más. Tampoco ningún rastro que se dirija de vuelta al valle. El recorrido de Niebla se acaba aquí.

Alma se queda de pie en la playa. Nota cómo le palpita el corazón en la nuca, debajo de las orejas. Está mirando el lago angosto que serpentea hasta perderse a lo lejos.

¿Adónde ha ido Niebla?

El nivel del agua sigue bajando. Se distingue cada vez mejor la jungla erizada por debajo de la superficie. Dentro de una o dos horas, el valle volverá a cerrarse durante un año. La barrera de espinas surgirá de las aguas.

Alma se acerca a la pared. La canoa sigue allí, en el sepulcro de piedra. Antes de llegar había pensado que, si encontraba alguna prueba de que Lam se había marchado, la echaría al agua. Partiría en su busca a través del barranco lleno. ¿Cómo podía saber si de verdad se había ido?

Niebla los ha dejado. Pero ¿Lam? A lo mejor ya está subido a los hombros de su padre...

Sí, a lo mejor Sum y su padre por fin lo han encontrado y van caminando todos juntos de espaldas al sol. Divisan a lo lejos el sicomoro, la casa en la pradera tan verde y a la hermosa Nao delante de la puerta, con la mano por encima de los ojos para verlos mejor a la luz del atardecer. Y Nao reconoce esa silueta pequeña y negra que gesticula en los hombros de su marido. Puede que menee la cabeza mientras se dice a sí misma: «¡Pero si es Lam! Es él. Ya lo decía yo. Lo han encontrado. ¡Maldita sea la noche que nos llevó a concebir a este niño!». Y, riendo, tal vez da un manotazo en el aire para borrar la maldición. Y echa a andar, agitando muy alto ambos puños para demostrar su alegría a los que se acercan, para bendecir a los antepasados que velan por ellos. Pero también mira de vez en cuando por encima del hombro porque estaría bien que, además, Alma llegara por el otro lado para que la felicidad fuera completa.

Alma siente brevemente ese sueño que la estremece. El sueño de que todo vaya bien, de que Lam se haya subido de un brinco a los hombros de su padre, de que esté ya acurrucado en el cuello de su madre, que diría, como suele hacer:

—Aquí estás, suricato mío. Aquí estás, Lilim.

Alma se dispone a trepar por la pendiente negra y a volver a casa corriendo. Las tortas ya deben de estar tostándose al fuego. Los dos monitos del árbol acechan ese festín con las manos de color rosa prendidas de las ramas. Pero, en ese preciso instante, Alma ve una mancha azul flotando en el agua. Una isla a la deriva por encima del bosque sumergido. Es el gorro de su hermano.

Lam se ha marchado con Niebla. Está convencida.
Han salido del valle los dos juntos.

En el mismo momento, con los pies hundidos en el lodo de un arroyo, el padre acaba de encontrarse con Sum.

No hay ni rastro de Lam por ninguna parte. Llevan horas buscándolo.

Ya se han repartido otra zona de caza, hacia levante, como si fuera un juego. Sum se marcha a paso ligero. Si pudiera, lanzaría breves gritos de guerra, pero de la boca jamás le ha salido sonido alguno.

Detrás de él, su padre no se ha movido. Sabe que no se trata de un juego. Mosi parece haberse vuelto de piedra en medio del arroyo. Se ha quedado mirando ante él, a lo lejos, el punto donde el acantilado se separa en dos.

«El barranco. Puede que aún quede agua en el barranco de las Espinas».

Eso es lo que se le ocurre de pronto.

Se pone en marcha en esa dirección, él solo, con el trocillo de cazador, en línea recta. No sortea los matorrales, cruza por ellos. Nada puede detenerlo. Atraviesa los valles anegados. Dispersa las manadas de cebras con la lanza levantada por encima de la cabeza. No afloja el paso nunca. Y, mientras su cuerpo avanza entre las colinas, su mente se adentra poco a poco en el temor. Piensa en la determinación de Lam, ese niño dispuesto a todo. Vuelve a verle la frente tozuda de los últimos días. ¿Por qué desaparecía desde que empezaron las lluvias? ¿Por qué volvía tan cansado al atardecer? ¿Qué estaba tramando?

Mosi subió la pendiente que conduce al borde del barranco. Las cascadas habían empezado a desaparecer por

todos los acantilados. Puede que allí arriba ya no hubiese agua desde hacía varios días. Eso es lo que espera Mosi con toda su alma. Le gusta cuando el valle vuelve a cerrarse y su familia queda a salvo de todo.

Pero, al llegar a la cima, ve que el agua sigue allí. Apenas un metro por encima de las primeras espinas. Lo suficiente para poder pasar.

Y, en el barro, los pasos de un niño.

Se detiene unos segundos delante del barranco.

Recuerda el día en que llegó, bajo la lluvia, hace mucho tiempo.

Nao y él recalaron allí en canoa, subieron por la playa negra. No sabían dónde se habían metido. Dos fugitivos extenuados que se habían conocido pocos días antes, pero que ya eran un solo ser.

Mosi baja hacia la abertura de la cueva donde pasaron la primera noche, hace casi veinte años. Durmieron allí los dos juntos, como náufragos en una isla. Al día siguiente, todo el barranco se había vaciado de agua. El valle se había cerrado con ellos dentro.

Mientras miraba la luz del alba, Nao dijo:

–Isaya...

Que en oko significa ‘la mano’.

El valle se llamaría Isaya.

Era de día. Aún no tenían ni la menor idea de adónde habían llegado. Tenían hambre y sed. A lo lejos, un leopardo erguido en una roca los miraba salir del agujero. Pero, aquella mañana, después de todo lo que habían vivido, del mundo del que se habían escapado, Nao y Mosi sabían que sería un paraíso si el resto de su vida ya solo tuvieran que luchar contra la sed, el hambre y las fieras.

Estaban en lo cierto, porque, durante muchos años, después de construir la casa debajo del sicomoro y de que sus hijos llegaran al mundo, Isaya fue para ellos mucho mejor que el paraíso.

Ahora Mosi entra en la cueva.

Lanza un grito que quiebra los gratos recuerdos.

La canoa ya no está.

¿Quién, sino Lam, puede habérsela llevado?

El niño se ha marchado. Ha salido de la fortaleza salvaje.

Existir en otras partes

Nao no ha oído que su marido se acercaba, pero nota pasar su sombra tras ella cuando él entra por la puerta.

Se da la vuelta.

Mosi está a contraluz en el resplandor del atardecer. Lleva en la mano un paquete de cuero negro cubierto de tierra. Son los restos de su pasado envueltos en un abrigo y atados con un cinturón. Un paquete blando que su mujer ha querido borrar de su memoria, pero que reconoce de inmediato. Mosi enterró todo lo que llevaba encima cuando llegaron a su valle.

Nao se incorpora despacio. Distingue, por fin, el rostro del hombre a pesar del sol deslumbrante del ocaso.

–Lam se ha marchado –dice Mosi–. Ha encontrado la canoa.

Despistada, Nao se queda mirándolo, como si le hablara en un idioma desconocido.

–Si no lo alcanzo antes de que sea de noche –prosigue él–, se cerrará el paso.

Nao preferiría no entender esas palabras que le caen encima; pero ya es tarde, se le han metido en el corazón.

Marcharse significa inevitablemente dejar el valle durante un año entero. Es imposible volver antes de la próxima estación lluviosa.

–Volveré con Lam –murmura Mosi–. Diles a los niños que les encomiendo a cada uno su propia vida. Dile a Alma... ¿Dónde se ha metido Alma?

Nao sacude despacio la cabeza para decir que no lo sabe.

–Dile que le traeré a Lam de vuelta. Dile también que se quede con mi lanza.

Nao se acerca a Mosi en silencio. Le apoya la cabeza en el hombro.

–¿Y a Nao? –pregunta al cabo de un rato–. ¿Qué le voy a decir a Nao?

Otro silencio.

–¿Qué le voy a decir a Nao –insiste ella– si se despierta de esta pesadilla?

–Dile lo que ya sabe. Que cuide de los rastros de su pueblo que lleva dentro y de los hijos que la rodean. Que es más fuerte que yo. Que los mantenga vivos hasta que yo vuelva.

Nota que la cabeza de su mujer le pesa un poco más contra el hombro. Le dice:

–Comprenderá lo que significa. Conoce el secreto.

Nao cierre los ojos. Sí, lleva dentro un tesoro que no le pertenece. La memoria de su pueblo. Ella era la última superviviente de pueblo oko. Llegó hasta este valle con Mosi para mantener a salvo su memoria. Pensaba que no había nada más importante. Estaba dispuesta a todo.

Pero nacieron los niños, uno tras otro, y esta noche todo se tambalea por culpa de un fugitivo de apenas diez estaciones lluviosas.

–Uno solo de mis hijos –dice Nao– importa más que mi pueblo y nuestros secretos.

Mosi toma entre ambas manos el rostro de su mujer apoyado en su hombro. Lo sujeta ante sí. Le da un beso en los ojos y luego lo suelta con precaución, como si quisiera soltar una pompa para dejarla flotando en el aire.

Paso a paso, andando hacia atrás, Mosi se aleja de Nao. Sale de la casa. Fuera, arranca al pasar la gran tapadera redonda y trenzada que protege la boca del pozo. Se marcha con esa especie de escudo en la mano y, en la otra, el hatillo de cuero. Nao no ha tenido ánimos para salir y ver cómo se marcha el guerrero, ni de decirle a voces un último secreto. Un secreto que habría hecho que la partida fuera aún más desgarradora.

La lanza monta guardia delante de la puerta. Nao parece estar sola dentro de la casa. Pero sabe que no es así del todo. Ese es el flamante secreto que no se ha atrevido a contarle a Mosi. No está sola porque está esperando un hijo.

Mosi se mete en el agua. En algunos puntos las ramas han calado la superficie. Ha sujetado el hato a la estructura flotante de madera y mimbre. Va nadando detrás de esa balsa mientras la empuja, manteniéndose lo más horizontal que puede para no tocar los arbustos que tiene tan cerca. Los ve por debajo de su cuerpo, a través de la transparencia del agua. Cruza por ese bosque que parece ampliarse a su alrededor. Se le podría tomar por un ave extraviada que vuela muy bajo entre las copas de los árboles.

Mosi nada. No para nunca de batir los pies. De pequeño, creció en el agua de un gran río, con los fantes de la Costa del Oro, cuya vida transcurre entre el mar y los ríos. Allí,

para obligarlo a salir del agua de una vez, su madre tenía que engañarlo diciéndole que le estaba creciendo una aleta azul en la espalda. Lo que pretendía era asustarlo, pero el Mosi niño, por la noche, dormía bocabajo para dejar que la aleta creciera. Por la mañana, se tocaba con la yema de los dedos esa línea, en el espinazo, como si fuera cierto.

Se está haciendo de noche. El agua parece más fría. Mosi sigue empujando la balsa.

De vez en cuando, grita el nombre de Lam y se queda quieto. Se muere por oír una voz quebrada respondiéndole.

Cuánto lamenta no haberle enseñado a nadar. Quería proteger a sus hijos, impedirles que exploraran el paso. Una vez, incluso, Mosi quemó delante de toda la familia una canoa que Sum estaba tallando a escondidas en el tronco de un árbol seco para poder pescar en un estanque repleto de carpas. El grandullón de Sum se echó a llorar y puede que los demás oyeran un sollozo diminuto, el único que jamás le saliera de la boca.

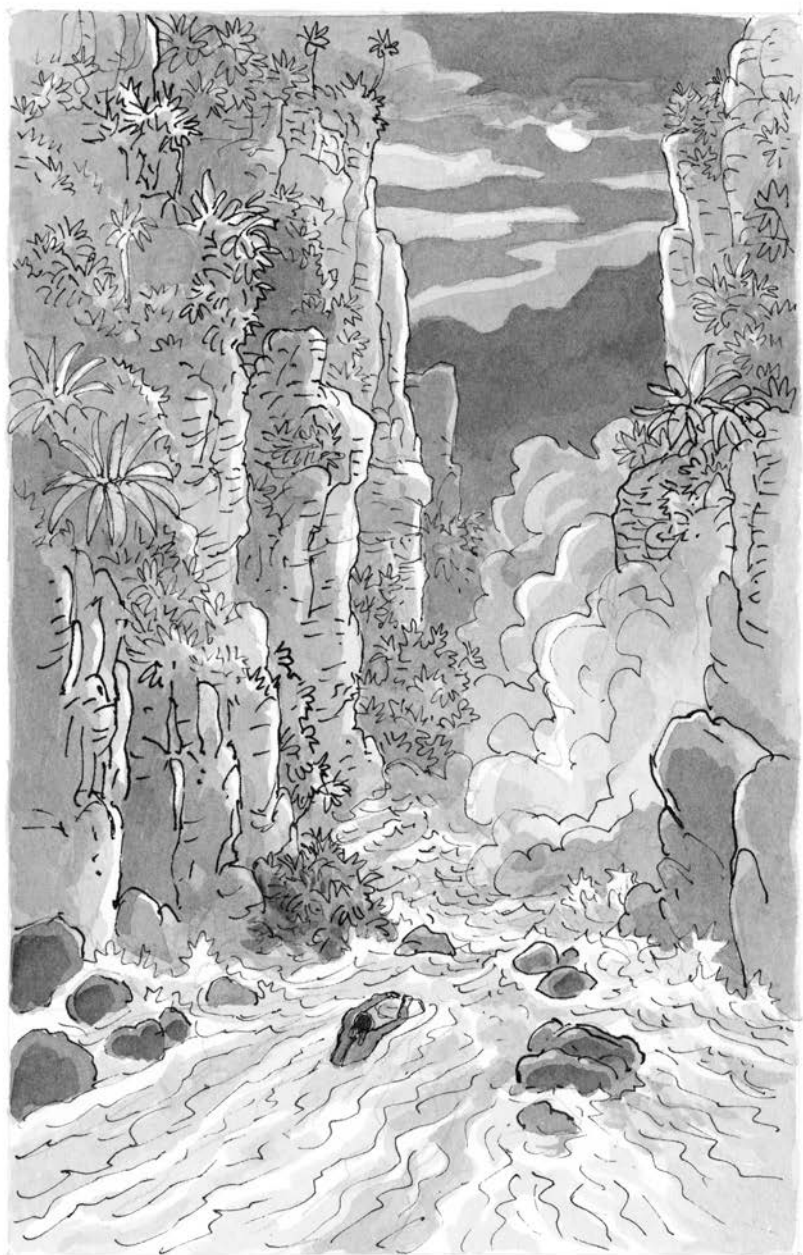
Pero, hoy, a Mosi le gustaría que sus hijos supieran nadar. Le habría gustado contarles todo lo que les había ocultado.

Poco a poco, la noche luminosa va relevando al día.

Mosi ve cómo brillan las perlas de agua en la punta de las espinas. La oscuridad se llena de sonidos. Los insectos y los murciélagos vuelan por encima del bosque renaciente.

A veces cree notar criaturas moviéndose en las profundidades, por debajo de él. Quizá haya bastado un mes de lluvias para que se instalen allí los espíritus del agua y las serpientes gigantes. Mosi se mueve lo menos posible. Da grandes rodeos para no engancharse en las zarzas.

Le gustaría detenerse y descansar flotando bocarriba, al amparo de las estrellas. Pero continúa echando una carrera



contra el tiempo. El tiempo implacable que transcurre, que vacía el agua del barranco y las fuerzas de su cuerpo.

A veces Mosi bebe el agua pura que lo rodea.

Hasta que, ya de madrugada, una corriente empieza a acompañarlo. Cuanto más avanza, más nota su presencia. Mosi se agarra a la balsa, se desliza entre las moles oscuras cuyas garras intentan retenerlo. Le dejan marcas en los hombros, los brazos, el vientre. Se desplaza deprisa. Trata de imaginarse a su hijo surcando con la canoa ese laberinto. Las paredes se van juntando, cada vez están más cerca una de la otra.

Mosi sabe de sobra dónde se arroja el agua que lo está arrastrando en la oscuridad.

Las cataratas.

Se las oye bramar a lo lejos. Se acuerda de esas cataratas por las que treparon Nao y él, hace mucho tiempo, para llegar a este pasadizo, luego al valle, y no salir de él jamás.

Intenta nadar hacia la orilla, donde las aguas están más tranquilas. Pero los remolinos siempre lo acaban llevando a los rápidos. El sonido de la catarata se vuelve más nítido. Mosi se acuerda de una roca plana, a mano izquierda: el lugar donde Nao y él echaron la canoa al agua para huir. Tiene que alcanzar esa roca para zafarse de la corriente.

Los remolinos espumean por delante de él. Mosi comprende que no podrá librarse a menos que abandone la balsa. Con una mano, empieza a desatar el petate. Hasta que, con un crujido, la balsa se empala en un rama y se detiene. Mosi arranca el hato de cuero justo a tiempo y se sumerge con él en las profundidades.

Debajo del agua, en la oscuridad, nada a ciegas. De pronto, todo está tranquilo. Sujeta el bulto abrazándose a

él. Las dos piernas, pegadas entre sí, ondulan a la vez en las aguas negras. Deja que lo guíe su instinto de buceador fante.

Cuando, por fin, saca la cabeza del agua y recupera el aliento, está en una poza que borbotea suavemente. La roca plana que estaba buscando está justo encima de él. Mosi, exhausto, trepa hasta ella. Se arrastra apoyándose en los codos. Se golpea la cabeza contra el tronco de un árbol. Se incorpora y se pone de pie despacio.

Agotado, sonríe en la oscuridad. Ya le parecía a él que la madera sonaba a hueco. Respira en silencio, con los ojos cerrados. La canoa está en tierra, delante de él. Lam ha logrado cruzar el barranco. Debe de estar vivo.

Mosi vuelve a abrir los ojos. Enseguida, al inclinarse un poco, ve encima de la roca una fina capa de tierra que alguien ha removido. Vuelve a agacharse. Hay huellas en el suelo. Son las de un caballo, mezcladas con los pasos de un niño.

La canoa, el niño, el caballo.

Mosi cae de rodillas.

Durante un largo rato no logra moverse. Está pensando en los relinchos, en los gritos en torno al niño. Piensa en el corazón palpitante de Lam. Lo han cogido. Conoce de sobra ese jaleo, esos gritos que había trocado por el soplo del viento en la pradera, por los arroyos tras la lluvia: el zumbido del valle de Isaya.

Entonces, despacio, recoge el hato de cuero que no se ha separado de él. Desabrocha el cinturón, desdobra el amplio abrigo negro y extiende encima de la roca todo lo que lleva dentro: un pantalón, una casaca de color rojo oscuro con charreteras de terciopelo, unas botas, un sombrero de bordes dorados que desenrolla, un látigo de cola

trenzada y dos pistolones. Y un frasco de pólvora de bronce con tapón de corcho.

Mosi se viste con las prendas empapadas. Se pone el abrigo negro y se mete en el cinto los pistolones y el látigo.

Destapa el frasco de bronce y vierte un poco de pólvora de cañón en el cuenco de la mano. Ni siquiera se ha mojado.

De golpe, el olor de la pólvora despierta al fantasma del hombre que había sido antes, hace mucho tiempo. Un hombre que olía a fragua y a cuero y que provocaba miedo y desgracias a su alrededor. Un hombre cuya vida salvó una desconocida, una mujer oko a la que él creía estar salvando.

Cuando entró en el valle, veinte años antes, pensó que enterraría a ese hombre para siempre. Pero está de nuevo de pie encima de una roca, en la oscuridad de la noche.

Dos ojos vigilan la silueta que se aleja.

Alma no ha reconocido a su padre.

Es ella la que ha recalado con la canoa en la roca, muy cerca de las huellas de Niebla, para, a continuación, desplomarse y quedarse dormida a pesar del tremendo ruido que hacen las cataratas un poco más allá.

Un presentimiento la ha despertado hace unos segundos. Una fuerza que le ha erguido el cuerpo de golpe. Alma se ha encontrado de pronto alerta, en cuclillas, con las manos apoyadas en la tierra y el arco al hombro.

Acto seguido, como un animal salvaje, ha brincado sin hacer ruido y se ha quedado agazapada entre las sombras. Apenas le ha dado tiempo a ver a un hombre con un sombrero de bordes dorados adentrarse en el matorral en el que estaba durmiendo hace un instante.

¿Qué es lo que le ha pasado? Alma aún siente la quemazón del cambio que ha sufrido su cuerpo. Mira la distancia que ha recorrido con un único salto. Le ha bastado un instante para agarrar el arco, sacar una flecha y apuntar. Ya no se mueve. Percibe la mínima presencia a su alrededor. El chirrido de dos árboles entre sí o la respiración de un racimo de pájaros mosca prendidos en un árbol, muy arriba, por encima de su cabeza. Aún oye cómo se alejan los pasos del hombre. Nota el olor de las hienas que duermen en algún agujero. No se le escapa nada.

Alma afloja lentamente la cuerda tensa del arco. De pronto sabe que tiene que desconfiar de todo. Ese instinto le ha caído encima al mismo tiempo que ese poder desconocido. Es una fuerza que la estaba esperando a la salida del valle. Una memoria nueva que le ha aparecido dentro del cuerpo.

Piensa en Lam.

¿Dónde se habrán escondido Niebla y él?

¿Y quién es ese hombre vestido de oscuro al que ha visto pasar? ¿Cuántos más habrá rondando como él fuera del valle? ¿Qué están buscando?

Comprende al fin por qué su padre la ha tenido viviendo tanto tiempo temerosa de todo lo que podría existir en otras partes.

Un pobre de espíritu

En ese preciso instante, ese mismo día del mes de agosto de 1786, a miles de kilómetros de allí, un muchacho de casi catorce años levanta en perfecto silencio la aldabilla del camarote de Lazare Bartholomée Gardel, capitán del buque La Dulce Amélie.

El muchacho se llama Joseph. Lo único que ha hecho ha sido meter la hoja del cuchillo en la rendija de la puerta y empujarla hacia arriba. Ya solo queda girar el mango para levantar la aldabilla de dentro y abrir. Parece demasiado fácil. Pero ¿qué marino, allí, en el puerto de Lisboa, y en todo el Atlántico, tendría la ocurrencia de allanar la cámara del capitán Gardel?

Es una estancia amplia que solo ilumina la lamparilla del corredor. El capitán ha elegido para sus aposentos la espaciosa cámara del puente de mando, en la popa. Las cortinas de las ventanas están cerradas durante la noche. Solo se oye el tictac de un relojito de péndulo que debe de estar bien sujeto en algún sitio.

La luz que ha entrado al mismo tiempo que Joseph cae de lleno ahora sobre el cuerpo del capitán acostado en la cama. Está dormido.

Joseph vuelve a cerrar la puerta y se dirige hacia él. El capitán parece tener el sueño ligero, pero los pasos del muchacho lo son aún más. El grueso cuello de encaje blanco de Lazare Gardel sigue iluminándole el rostro aunque vuelva a reinar la oscuridad.

Joseph se queda mirando ese rostro. Entre los párpados, le tiembla una línea pálida, como si los ojos amenazaran con abrirse de repente. La respiración es silenciosa. Joseph se esperaba que el terrible capitán Gardel roncase como un ogro, pero se ha encontrado con que su aliento es plácido como el de un niño. Y es que no deja de tener ciertos rasgos infantiles. La piel fina, los labios muy claros. El pelo blanco se le ondula en torno a la cara. Y algunos días se parece a un niño cruel jugando con el insecto que ha atrapado. Pero los insectos que sujeta entre los dedos siempre son seres humanos: marinos cansados, muchachas extraviadas, cautivos negros.

Joseph sabe lo que se cuenta del capitán Gardel. Piensa en los que darían cualquier cosa por estar allí, como él, con un cuchillo en el cinto, delante de ese monstruo dormido. Aun así, se resiste a lo que se le acaba de ocurrir: la tentación de vengarlos a todos. No ha ido allí desde tan lejos para eso. Cuentan con él para otra cosa.

Alarga la mano hacia un estante que hay justo detrás de la cabeza del capitán, le roza el pelo y la coronilla, coge un reloj de oro con leontina y una bolsita de terciopelo verde que están ahí colocados. Joseph se incorpora, escucha por última vez el aliento de Lazare Gardel. Luego vuelve sobre sus pasos y sale sin hacer ningún ruido. Cierra de nuevo la puerta.

Lleva el reloj y la bolsita metidos en el bolsillo.

La cubierta de La Dulce Amélie está desierta. En el muelle tampoco se oye ni un ruido. Los marinos han estado de juerga. Se han dormido. Una escala de varios días en Lisboa antes del viaje interminable, la última ocasión para gastarse la primera paga. Al volver de la taberna, con el cuerpo empapado de vino portugués, se habrán echado a dormir en cualquier parte. Por el borde de la lancha arrizada encima de Joseph asoma una pierna. En el suelo hay tirado un sombrero arrugado. Incluso el gato de a bordo parece borracho, tumbado bocarriba en un charco.

Joseph, en cambio, camina en línea recta. Sabe exactamente adónde va. En el estómago solo lleva un vaso de leche y un trozo de pan que tomó varias horas antes. Después de lo que acaba de hacer, en lugar de salir huyendo se dirige con paso tranquilo al palo mayor.

Delante, en el suelo, hay un rollo de jarcia enroscada como una boa. Joseph reconoce la escota de la vela mayor. Tiene el mismo grosor que su brazo, está nuevecita, recién alquitranada, y la colocarán al día siguiente. La han pasado por una polea en lo más alto de mástil y luego colocado en cubierta. Joseph agarra uno de los extremos. Se sienta a horcajadas en uno de los cañones de estribor para seguir con la vista el conjunto de cables, cabos y obenques tendidos por encima de él como las lianas de una jungla. Le dedica el tiempo necesario.

De pronto, sus ojos se detienen. Ha encontrado lo que buscaba. En lo más alto han izado un perroquete para prolongar el palo mayor, pero aún no está colocado. La faena se ha interrumpido durante la noche. Es justo lo que necesita Joseph, que se baja de un salto del cañón, trepa unos

metros por los obenques y conecta la escota de la mayor con otra, más fina, que ha sacado de un cuadernal. Luego baja para formar un bucle en el extremo.

Joseph mete dentro los dos pies.

Aprieta el nudo en torno a los tobillos.

—Ya está —dice sonriendo—. ¡Ya está!

Vuelve a alzar la vista y comprueba que el mecanismo de su plan no está equivocado. Durante un buen rato recorre las alturas con la mirada. Repite los cálculos varias veces. Porque este muchacho de trece años y medio no está loco, aunque es lo que cabría esperar por lo que acaba de hacer y aunque lo que está a punto de suceder parezca una completa locura.

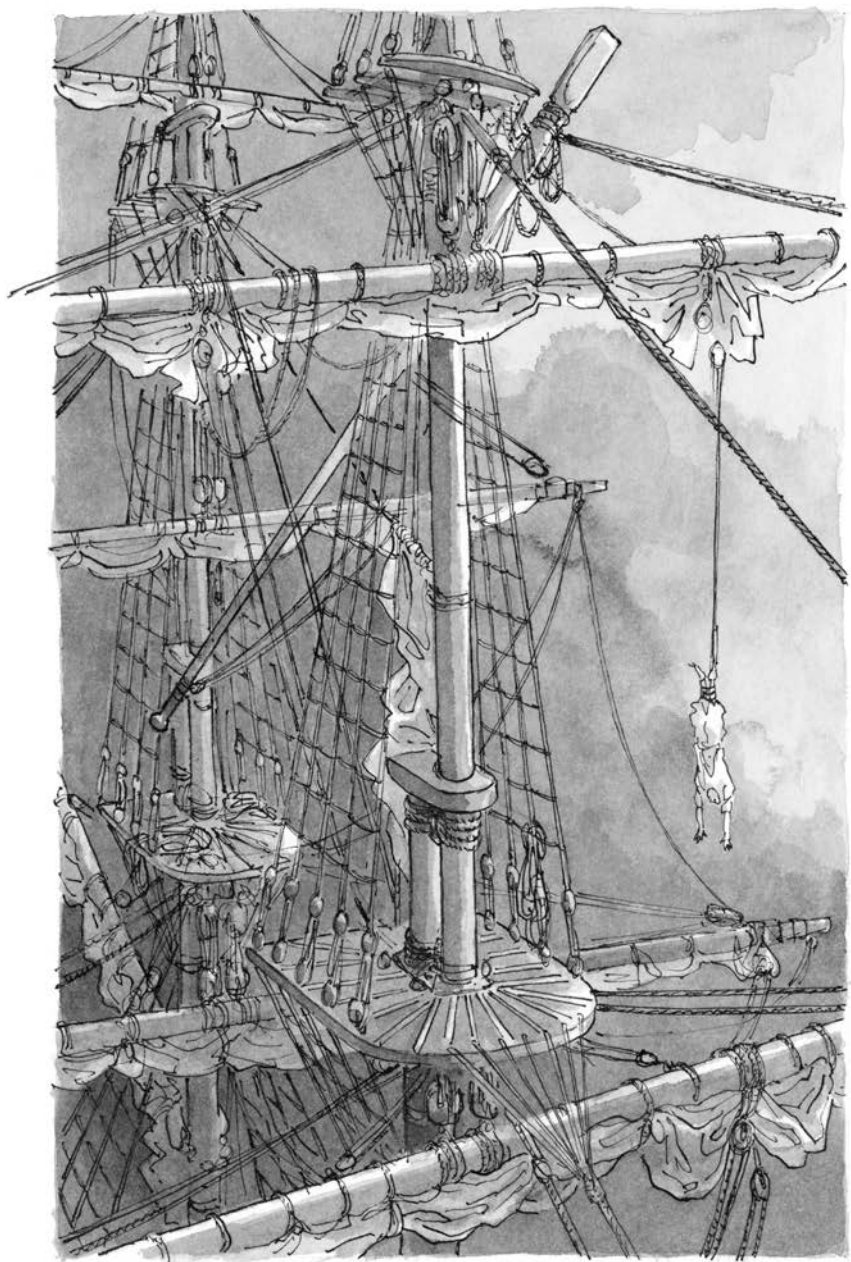
Sin sacar los pies del bucle, se acerca un poco más al mástil. Comprueba que el bolsillo derecho, donde lleva el reloj y la bolsita de terciopelo del capitán, está bien cerrado. Respira hondo, como un buceador que se dispone a saltar desde una roca.

Entonces saca el cuchillo, escoge uno de los cables tensados que suben por el mástil y lo corta de un tajo.

Desde lo alto cae, con un ruido tremendo, una pieza de madera enorme; es el perroquete que arrastra tras de sí diez metros de cabo. Las poleas crujen por encima de Joseph. De pronto, a sus pies se yergue silbando la serpiente de cáñamo negro.

Acto seguido, Joseph sube por los aires colgado por los tobillos. Se libra por los pelos de estamparse contra la lancha y sale volando cabeza abajo por encima de la cubierta.

Con los brazos apretados contra el pecho para anticiparse al impacto que va a recibir, se eleva quince metros,



como si lo aspirasen desde arriba, con un chasquido de látigo. Da un giro completo sobre sí mismo, sin soltar ni un grito, y rebota una vez en el extremo del cabo.

Dos veces.

Y una tercera vez, más flojo.

Ha vuelto el silencio. Lo único que ha pasado es que el perroquete ha caído desde varios metros de altura y ha arrastrado a Joseph por los aires por efecto de las poleas.

Hércules, el gato, se da la vuelta en el charco de ron, creyendo haber oído algo. ¿Habrà sido una pesadilla? ¿Un ratón? Pero ya se ha vuelto a dormir.

Joseph, cabeza abajo, se columpia suavemente en el vacío, bajo el cielo negro.

Todo es perfecto.

En el campanario de Santa Maria de Belém dan las tres. De pronto, Joseph piensa que, si todo sigue así, tendrá que olvidarse durante mucho tiempo de oír las campanas de una iglesia. Es quizá lo único que va a echar de menos. Las campanas y el pan caliente. Y también el viento entre las hojas. Y el frescor a la linde de los bosques en verano. La lluvia en los canalones. Es todo lo que va a añorar en adelante... Y puede que también las tejas de pizarra humeando al sol. Los pasos de un caballo en los adoquines por la noche... Quizá eche de menos todo eso. Pero nada más.

No. Nada.

Más tarde, si todo sale bien, solo quedará el graznido de los cormoranes; después, el crujido del barco en el océano, y, por último, el rumor de la selva africana. Y será solo el principio de todo lo demás.

Joseph Mars sonríe, ahí solo, en el extremo del cabo, como un pobre de espíritu.

El autor

TIMOTHÉE DE FOMBELLE nació en 1973. Pasó parte de su infancia en Marruecos y en Costa de Marfil. Tras ejercer como profesor de lengua y literatura en Francia y en Vietnam, no tarda en orientarse hacia la dramaturgia. En 2006 se publica su primera novela juvenil, *La huida de Tobi*. Este relato ilustrado por François Place no solo recibe en Francia galardones como el premio Sorcières, el premio Tam-Tam y el premio Saint-Exupéry, sino que se convierte en un éxito internacional. Entre *Céleste, ma planète* y *Victoria sueña*, dos ardientes alegatos a favor de la ecología y el poder de la imaginación, Fombelle escribe *Vango*, una apabullante novela de aventuras en dos tomos que seduce tanto a los lectores como a la crítica. En 2014, recibe por *Le Livre de Perle* el premio Pépîte a la mejor novela juvenil europea y el de la Feria del libro de Brive.

Desde entonces, ha publicado *Georgia, tous mes rêves chantent*, un cuento musical con ilustraciones de Benjamin Chaud y la colaboración de actores y músicos como Cécile de France, Alain Chamfort, Emily Loizeau o Albin de la Simone. Gracias a este libro-disco gana otro premio Pépîte en el Salón del Libro y de la Prensa Juveniles de Montreuil.

Fombelle también es autor de los libros ilustrados *La Bulle*, *Capitaine Rosalie* y *Quelqu'un m'attend derrière la neige*, en colaboración con Éloïse Scherrer, Isabelle Arsenault y Thomas Campi, respectivamente. Y guionista del cómic *Gramercy Park*, obra de Christian Cailleaux.

Con libros traducidos por todo el mundo y el prestigio de ser uno de los mejores autores de literatura juvenil de su generación, Thimotée de Fombelle sigue escribiendo, además, para el teatro y ha publicado un libro «para adultos»: *Neverland*.

El ilustrador

FRANÇOIS PLACE nació en 1957. Tras estudiar en la Escuela superior de artes e industrias gráficas de París, trabajó como ilustrador, primero en publicidad y luego en publicaciones juveniles. Es autor e ilustrador de numerosos libros (*Los últimos gigantes*, *L'Atlas des géographes d'Orbae*, *La Fille des batailles*, *El marqués de la ballena*, etc.) por los que ha recibido prestigiosos galardones (Ragazzi Award de la Feria Internacional de Bolonia, premio Sorcières, premio Baobab del Salón del Libro de Montreuil, etc.). En su faceta de ilustrador, colabora con escritores como Michael Morpurgo (*Caballo de batalla*, *El reino de Kensuke*, *Flamingo boy*), Erik L'Homme (*Contes d'un royaume perdu*) y, por supuesto, Thimothée de Fombelle, para quien ya ha ilustrado su famosa primera novela, *La huida de Tobi*. Con cada uno de ellos establece una auténtica complicidad.

François Place también es autor de varias novelas (*La Douane volante*, *Angel l'Indien blanc*, *La Reine sous la neige*) y de un relato autobiográfico (*La 2CV, la nuit*), así como de la serie de libros infantiles *Lou Pilouface*.

Bambú Exit

Ana y la Sibila

Antonio Sánchez-Escalonilla

El libro azul

Lluís Prats

La canción de Shao Li

Marisol Ortiz de Zárate

La tuneladora

Fernando Lalana

El asunto Galindo

Fernando Lalana

El último muerto

Fernando Lalana

Amsterdam Solitaire

Fernando Lalana

Tigre, tigre

Lynne Reid Banks

Un día de trigo

Anna Cabeza

Cantan los gallos

Marisol Ortiz de Zárate

Ciudad de huérfanos

Avi

13 perros

Fernando Lalana

Nunca más

Fernando Lalana

José M.^a Almárcegui

No es invisible

Marcus Sedgwick

Las aventuras de George Macallan.

Una bala perdida

Fernando Lalana

Big Game

(Caza mayor)

Dan Smith

Las aventuras de George Macallan.

Kansas City

Fernando Lalana

La artillería de Mr. Smith

Damián Montes

El matarife

Fernando Lalana

El hermano del tiempo

Miguel Sandín

El árbol de las mentiras

Frances Hardinge

Escartín en Lima

Fernando Lalana

bam
bú



1786

El día en que su hermano pequeño desaparece, Alma se marcha, siguiendo su rastro, lejos de su familia y del valle africano que los protegía del resto del mundo. Mientras, en el puerto de Lisboa, Joseph Mars se cuela clandestinamente a bordo de un barco negrero, *La dulce Amélie*. Va en pos de un inmenso tesoro. En el torbellino del Atlántico, entre África, Europa y el Caribe, sus búsquedas y destinos respectivos llevan irresistiblemente a cada uno al encuentro del otro.



Alma. El viento se levanta es la primera parte de una trilogía deslumbrante de aventuras sobre la esclavitud y la lucha por la abolición.

Ilustraciones de François Place



PEFC
PEFC/14-38-00310

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible

www.pefc.es

